

JUVENTUDES, MEDIOS Y CONFLICTIVIDAD

Rafael Antonio Carreras

Facultad de Psicología – Universidad Nacional de Córdoba

El presente trabajo tiene por objetivo reflexionar sobre un conflicto que tiene como protagonistas a los jóvenes, los medios masivos de comunicación y la violencia en un marco de un debilitamiento de las instituciones políticas en la Argentina.

Se parte de un supuesto: la disminución en la calidad de las instituciones de una sociedad promueve el surgimiento de violencias que son escenificadas y reelaboradas por los medios en un momento en el cual imponen una agenda de discusión sino una que inciden en la configuración de las decisiones políticas que asume el Estado.

El trabajo presenta tres ejes que orientan el desarrollo para la reflexión: una descripción del contexto socio-histórico que muestra el escenario donde se desarrolla la temática tratada, la concepción de juventud asumida y la relación con los medios. Por último, precisiones sobre el tipo de conflicto social que permite repensar sobre cómo se presenta, quiénes son los protagonistas y las particularidades contextuales.

El desarrollo de este escrito tiene como último propósito observar la relación entre juventudes y expresiones mediáticas, que generalmente son desiguales y asimétricas.

Principio de siglo

Descreimiento e incertidumbres

Durante los años 90 en Argentina y en toda la región hubo un pronunciado asentamiento del modelo neoliberal iniciado en décadas anteriores desde distintas reformas.

Los cambios sustanciales en ese período pueden definirse por aumento de la deuda externa, privatizaciones de empresas públicas, profunda distribución desigual de la riqueza, flexibilización laboral, procesos de desclasamiento, exclusión social, desmovili-

zación social y fenómenos tales como el desempleo, repliegue hacia la esfera privada, aumento del cuentapropismo y reducción de políticas sociales, entre otras transformaciones.

Como fruto de lo ocurrido en estos últimos veinte años se produjo una fuerte ruptura en la representación política partidaria, consecuencia de una desconfianza generalizada de las instituciones políticas, ciudadanos activos frente a acciones de exigibilidad de cambio social, un repliegue individualista comunitario y el surgimiento de nuevos movimientos sociales que aseguran una identidad, un fuerte sentido político y un sistema de oposición tendientes a la construcción de proyectos de cambio institucional a partir de agenciamiento propios.

Estas fuerzas sociales fueron acompañadas en la última década por la redefinición de pactos y alianzas entre gobiernos de países latinoamericanos principalmente en el sur, que provocaron movimientos positivos a modo de contrarrestar los cambios de la década pasada.

Como muestra de esto caben mencionar procesos de reestatización de empresas de explotación de recursos naturales y de desarrollo de tecnologías, acuerdos multilaterales para la reactivación productiva, intercambios equitativos de importaciones y exportaciones y pronunciamientos claves sobre la necesidad de una independencia económica de los países, reconocidos como potencias mundiales, expresado por ejemplo, en la desestimación de la implementación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en la región, en la Cumbre realizada en Argentina en 2005.

“La experiencia vivida ha causado un clima de desencanto y malestar, pero también de grandes expectativas de cambio y progreso dentro de un régimen democrático que la sociedad sigue percibiendo como la forma más aceptable de gobierno” (Calderón, 2010).

Dentro de estas formas democráticas, se puede

identificar un pasaje, un momento de cambio y giro en Latinoamérica desde 2003 producto de nuevas reformas. Aquello que Touraine (2001) refiere como mutación social de una etapa industrial a una pos-industrial, de una sociedad de energía a una sociedad de la información.

Desde una perspectiva antropológica, Arjun Appadurai, en su tesis *La modernidad desbordada* (2001), plantea que la globalización constituye una nueva etapa donde se reestructura la vida de las sociedades y se producen los flujos migratorios y los referidos a la información. Su interrelación y su conexión provocan espectadores desterritorializados. Para el autor, lo que define el nexo entre lo global y lo moderno es el proceso de circulación de los medios electrónicos y las audiencias migratorias.

“Los medios electrónicos dan un nuevo giro social y cultural dentro de lo cual lo moderno y lo global suelen presentarse como dos caras de una misma moneda. Aunque siempre cargados de un sentido de la distancia que separa al espectador del evento, estos medios de comunicación, de todos modos, ocasionan la transformación del discurso cotidiano” (Appadurai, 2001).

Otro argumento de esta propuesta, es que el producto de estas transformaciones produce comunidades diásporas, ante un Estado-Nación en derrumbe. Sin embargo, se advierte que es necesario ver el surgimiento de nuevas naciones, que no necesariamente están vinculadas al Estado, pero que tienen una fuerte capacidad de agencia, entendida como capacidad para actuar, transformar (entre otras acepciones).

En síntesis, la tesis de Arjun Appadurai, inscripta dentro de perspectivas más rupturistas, presenta nuevas claves para el análisis de las sociedades actuales y los procesos de globalización, avizorando nuevos agentes sociales para un campo que ha modificado, alterado o reorganizado sus reglas de juego.

Pierre Rosanvallon (2007), desde su mirada sociológica, analiza la desconfianza y el descreimiento de las instituciones políticas como problema político actual, visible en una declinación de la dimensión política de la sociedad que va de una promesa a una traición por parte de los gobernantes. Asegura que, si bien el voto es la expresión más visible en los sistemas representativos, los ciudadanos en la actualidad, poseen otros medios para hacer sentir su malestar, sin embargo la abstención al voto ha sido solo la modalidad *más organizada y visible*.

“En la era dorada de la participación electoral, esa dimensión globalizante e integradora del voto estaba encastrada en su dimensión identitaria: el voto no era entonces tanto la expresión de una preferencia individual como la manifestación de una pertenencia colectiva” (Rosanvallon, 2007).

El investigador caracteriza los tiempos actuales como una era de desconfianza que implica una búsqueda recurrente del control de los ciudadanos sobre las democracias y su calidad. Además señala que existe un esfuerzo por judicializar la esfera política y sus figuras sociales. Estas situaciones suponen un pasaje de deslegitimación de lo instituido, que deriva en la falta de credibilidad sobre los responsables de las decisiones de un Estado que ha demostrado no ser garante de los sistemas transparentes y legales de representatividad.

Estas situaciones impactan en la subjetividad, porque generan sensaciones de impotencia y desconfianza y la necesidad de controlar las democracias para garantizar elecciones colectivas.

A la luz de lo expuesto, los contextos actuales obligan una reflexión constante sobre nuevos mapas políticos, una necesidad de innovación política y de consenso estratégico del Estado, reconociendo las emergencias de movimientos sociales y culturales como expresiones visibles de cambios. En este sentido, la separación entre Estado-Nación en épocas actuales resulta evidente para Castells (Calderón, 2010), lo que queda de esta última es solo la sociedad y, lo que refleja esta crisis, es la debilidad de proyectos colectivos nacionales que conlleva paralelamente, como se mencionó en un comienzo, al surgimiento de movimientos sociales o al fortalecimiento de antiguos, con un profundo desarrollo identitario.

Las expresiones juveniles vinculadas al arte, acciones de protesta, reafirmaciones identitarias a partir del uso de vestimentas u objetos no convencionales que implican alternativas y modos de pensar y actuar, parecen jugar un doble sentido, por un lado agrupamientos/Nación y por otro, dislocación social devenidos en grupos destinados a la persecución y a una mirada patologizante.

Jóvenes y expresiones mediáticas

Los grupos juveniles pueden ser categorizados desde distintas variables: demográficas, económicas, culturales. Sin embargo lo juvenil refiere a las produc-

ciones culturales y contraculturales que estos grupos sociales despliegan o inhiben en su cotidianidad (Duarte, 2001).

Desde el punto de vista de este autor, la juventud no posee carácter universal sino que constituye un referente conceptual que precisa de contextualización y especificidad.

La consideración de la juventud como dato biológico manipulable (Bourdieu, 1990), genera una dimensión simbólica vinculada a la responsabilidad de los males que acechan a la ciudad, al mismo tiempo que despolitiza la condición de ser joven y la inscribe en pasajes transitorios hacia la edad adulta, con signos desprovistos de reglas y normas sociales. Existiría una especie de *transferencia* de responsabilidades. Al tratar la violencia como la falta de seguridad, se muestra a los sectores marginales, a los sectores socialmente en situación de pobreza, especialmente los jóvenes, como los responsables directos de la inseguridad en las ciudades y del incremento de la delincuencia. Esto favorece el clima de hostigamiento y represión (Reguillo, 1997).

Así se construyen y dirimen discursos que vinculan y relacionan a los jóvenes con la violencia, principalmente a los varones.

Mientras se configuraba el *nuevo* poder económico y político que se conocería como neoliberalismo, los jóvenes del continente empezaron a ser pensados como los *responsables* de la violencia en las ciudades. Desmovilizados por el consumo y las drogas, aparentemente los únicos factores *aglutinantes* de las culturas juveniles, los jóvenes se volvieron visibles como problema social (Reguillo, 2000).

Jóvenes y violencia aparecen como par indisoluble en las sociedades actuales. Esta diada se profundiza en momentos de crisis y malestar social, vehiculizada y escenificada por los medios masivos de comunicación como parte legítima y a la vez constructora de violencias sociales, ante un Estado debilitado o un sistema político continuamente cuestionado.

Este debilitamiento social construye narrativas conservadoras (Reguillo, 2005) que exigen a un Estado garantías y certezas de diversas cualidades, tales como un excesivo control social por parte del Estado.

Los discursos hegemónicos ante la antinomia seguridad/inseguridad se traducen en guerras contra el terrorismo en países europeos, o leyes de tolerancia cero en EEUU y Latinoamérica, cometiendo cercena-

miento en las libertades y ejercicios arbitrarios de la fuerza pública por parte del Estado. Se produce entonces, según Castel (2004) un deslizamiento de un Estado social a un Estado de seguridad que preciniza y pone en marcha el retorno de la ley y al orden como si el poder público se movilizara esencialmente alrededor del ejercicio de la autoridad. Esto da cuenta del carácter ambivalente que posee el concepto de inseguridad social.

“Hoy todo conspira para fortalecer los lugares de enunciación vinculados a las seguridades que operan como eficiente maquinaria de producción de visibilidad, credibilidad y lo más importante de agenda para el debate” (Reguillo, 2007).

En este sentido, los medios masivos de comunicación condensan a través de sus dispositivos el miedo y el terror, a modo de demonizar los agrupamientos y sus adscripciones. Las identidades juveniles se configuran, así, desde argumentos selectivos y negativos que operan en las dimensiones empíricas y subjetivas de la vida cotidiana.

El Estado y el debilitamiento institucional suponen concentración de fuerzas sobre los órganos de control, para el exterminio de la amenaza, visibilizando rostros y cuerpos amenazantes, en los cuales algunos medios masivos de comunicación conducen hacia una intencionalidad acrítica.

Se construyen así cuerpos de significaciones sociales que operan desde prácticas y modos de dar respuestas, a la dicotomía orden/desorden, seguridad/inseguridad, que legitiman y validan la muerte por mecanismos arbitrarios y fuera de lo que impone la ley. Pareciera que ante determinados debilitamientos del Estado, los medios masivos de comunicación son formas del poder hegemónico, maquinarias de enunciación con amplio poder performativo. *“La demonización sobre ciertos grupos urbanos, fortalece el imaginario de limpieza social que trastoca no sólo el paisaje arquitectónico de las ciudades, sino sus formas profundas de socialidad”* (Reguillo, 2000).

En síntesis: la violencia se configura como dispositivo de socialización, expresada en miedos sociales, (los jóvenes y sus territorios conforman las figuras portadoras de un miedo social). Así, los procesos de domesticación desde el aparato hegemónico resultan más efectivos, pero es necesario generar acontecimientos, en el cual los medios de comunicación se fortalecen, y expresan su máximo poderío, su capacidad de construir opinión pública, fundar subjetividad, instalar maquinarias del terror reelaborando los

escenarios sociales e incrementando los niveles de conflictividad o enfrentamientos sectoriales.

Conflicto, actores y escenarios

El conflicto muestra matrices distintas pero complementarias. Por un lado, el conflicto tiene un énfasis puesto en la reproducción social, vinculado a la problemática del trabajo. Cuando consideramos a la inseguridad social como parte del conflicto, nos referimos a las pérdidas progresivas de las protecciones sociales que poseía el sujeto asalariado durante los 90. La inseguridad está relacionada a los profundos cambios de las economías mundiales y regionales que trajeron aparejados cambios en la esfera laboral, con fuertes implicancias subjetivas. Este proceso de desalarización sitúa a la sociedad en un riesgo permanente.

En este sentido son los jóvenes la población más afectada por el problema, no solo por haber sido socializados durante tiempos en los cuales se produce la caída más estrepitosa de la clase asalariada, sino por encontrarse en un momento propicio y socialmente esperable de inserción al trabajo como modo de afrontar la vida y promover la independencia económica o la necesidad de salida temprana al mundo del trabajo para garantizar la subsistencia familiar.

Se ha tratado la emergencia progresiva y profunda de la violencia que se les atribuye a los jóvenes como agentes generadores de la misma. En este sentido también se ha señalado que las condiciones sociales hoy muestran un debilitamiento institucional caracterizado por un descreimiento público y sobre la capacidad del Estado para procesar conflictos, que podría expresar una mayor posibilidad de emergencia de violencias y conflictos donde las minorías sociales suelen ser las más perjudicadas.

Por último, el conflicto presentado es de tipo cultural, justamente porque sugiere una discusión sobre los Derechos Humanos, la seguridad y el uso (entendido como producción de sentidos) que se le atribuye a esos conceptos. Los actores principales son los agrupamientos juveniles, con múltiples identidades que, tal como se explicó expresan cada vez más una disconformidad con el orden social y cultural, por esto son objeto de procesos segregativos desde los medios de comunicación que se constituyen progresivamente en actores sociales que concentran poder e inciden en la toma de decisiones políticas. Un ejemplo de esto podría ser alentar la construcción de leyes

sobre la baja de edad de imputabilidad a menores.

Reflexiones finales

En las sociedades contemporáneas la violencia se muestra como discurso hegemónico, expresado en sentimientos y sensaciones que se inscriben en los imaginarios sociales y operan paralelamente al debilitamiento del Estado y de las instituciones. *“El miedo a la violencia, el sentimiento de indefensión, acuerpan, generan una comunidad de la que quedan excluidos los que no tienen un relato que aportar, una aventura terrible por narrar, un miedo confesable y por lo tanto honroso”* (Reguillo, 2000).

Para esta autora, la figura central y convocante es la *víctima* que retroalimenta su existencia en las relaciones sociales, en los espacios de *seguridad* constituidos para tal fin. Cuando la violencia irrumpe permanentemente en el escenario público y opera como condición dada, se construye desde las relaciones intersubjetivas una condición de víctima que sustituye muchas veces a la de ciudadano.

Contratos sociales débiles, descreimiento de las instituciones políticas, fragilidad relacional, inclusión limitada, narrativas conservadoras, seguridad social y control desde la fuerza pública son escenarios propicios para la emergencia de violencias y miedos sociales que promueven en la actualidad la consolidación de los medios masivos de comunicación como un actor clave en la regulación, imposición o desaparición de los conflictos sociales.

Estos anclajes estructurales dispuestos por los medios masivos de comunicación son matrices discursivas que generan prácticas y enunciados excluyentes, que pueden fragmentar las ciudades, generar distancias simbólicas entre los individuos, sancionando y construyendo discursos a modo de dispositivos de segregación y dominación social.

Los jóvenes en la contemporaneidad son vistos como presas, y las situaciones de pobreza parecen ser escenarios más reconocibles por la multitud.

BIBLIOGRAFÍA

- Appadurai A., *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, México, Ediciones Trilce-FCE, 2001.
- Bourdieu, P., “La juventud no es más que una palabra”, en *Sociología y cultura* México DF., Grijalbo, 1990, págs. 163-173.
- Calderón, F. *Sociedades en movimiento: entre las reformas estructurales y la inflexión histórica*, Universidad mayor de San Simón, Bolivia, Editorial Plural, 2010.
- Castel R., *La inseguridad Social. ¿Qué es estar protegido?*, Buenos Aires, Manantial, 2004.
- Bourdieu, P., “La juventud no es más que una palabra”, en Bourdieu, P. (ed.) en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990, págs. 163-173.
- Deleuze, G., *Conversaciones*, Valencia, Editorial Pretextos, 1996.
- Duarte, K., *¿Juventud o juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles*, San José, Departamento Ecu­ménico de investigaciones, 2001.
- Reguillo, R., “¿Guerreros o Ciudadanos? Violencia(s). Una cartografía de las interacciones Urbanas”, en Segunda Conferencia Internacional de estudios culturales. *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*, University of Pittsburg, Department of Hispanic Languages and Literatures, 2000.
- “Utopías y heterotopías urbanas. La disputa por la ciudad posible”, en Allende Serra, M. ed., *Diversidad cultural y desarrollo urbano*, San Pablo, Luminuras/Arte Sem Fronteiras, 2005.
- “La Mara: contingencia y afiliación con el exceso (re-prensando los límites)”, en Valenzuela Arce, et ál (coord.) en *Las Maras. Identidades juveniles al límite*, México, UAM/ COLEF / Juan Pablos, 2007.
- Rosanvallon P., *La contrademocracia: La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires, Editorial Manantial, 2007.
- Touraine A., “El fin de la ola liberal”, en Castel R, et ál ed., *Desigualdad y globalización: cinco conferencias*, Buenos Aires, Manantial, 2003, págs. 29-43.